

**POR DÓNDE VOLVER A EMPEZAR**  
**Apuntes de la Introducción de Davide Properi**  
**en la Asamblea internacional de responsables de Comunión y Liberación**  
*La Thuile (AO), 26 de agosto de 2022*

- *Desciende, Santo Espíritu*

¡Bienvenidos! Agradezco personalmente a cada uno de vosotros por haber venido a pasar estos días juntos, reunidos desde el mundo entero tras la crisis de la pandemia y en un momento ciertamente delicado en la historia del movimiento.

Carrón también ha querido participar mediante un mensaje que me ha pedido que os haga llegar y que os leo:

«Queridos amigos, os mando un saludo lleno de afecto al comienzo de esta Asamblea internacional de responsables que os reúne desde el mundo entero para dar un nuevo paso en el camino que inauguró don Giussani. “Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial de nuestra vocación, de la misión a la que nos llama; no son un factor secundario. Si el cristianismo es el anuncio de que el Misterio se ha encarnado en un hombre, las circunstancias en las que uno toma posición ante este hecho frente al mundo entero son importantes para la definición del testimonio” (L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61).

Me ha sorprendido ver esta sugerencia de don Giussani encarnada en un grupo de enfermos con los que me encontré hace poco. Me he quedado impactado al constatar que el don del Espíritu concedido a don Giussani permite, a nuestros amigos que sufren y lo secundan, afrontar la enfermedad e incluso la muerte con la certeza del amor del Padre, al que responden con obediencia, abandonándose con una alegría que sorprende a quienes los ven vivir así esta circunstancia de su camino.

En nuestros enfermos he visto resplandecer una frase de Von Balthasar que me ha acompañado en este tiempo: “Esta confianza primordial [de Jesús] en el Padre, no perturbada ni ofuscada por ninguna desconfianza, se funda en la comunión del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo: en el Hijo el Espíritu recibe y conserva viva la confianza inquebrantable en que toda disposición del Padre [...] siempre será una disposición del amor, a la que ahora, ya que el Hijo es hombre, se ha de responder con obediencia humana” (H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Fundación San Juan, Rafaela 2006, p. 44).

Esa misma “confianza inquebrantable” madura en los que secundan el encuentro que ha marcado nuestra vida para siempre, inmersos en un lugar –la vida del movimiento– que nos ha hecho familiar a Cristo, permitiéndonos experimentar, con don Giussani, que “el mayor gozo de la vida del hombre es sentir a Jesucristo vivo y palpitante en la carne del propio pensamiento y del propio corazón” (21 de diciembre de 1946, en L. Giussani, *Cartas de fe y amistad. Una correspondencia sacerdotal*, Encuentro, Madrid 2010, p. 63).

Os deseo que vuestro encuentro desde todos los lugares del mundo en el centenario del nacimiento de don Giussani esté dominado por la gratitud al Espíritu que os lo ha donado. Reconozcamos con sencillez de corazón que el don del carisma a cada uno de los que somos partícipes de él es para ayudarnos a vivir cualquier circunstancia de la vida de la Iglesia con la conciencia que san Juan Pablo II pedía a los sacerdotes del movimiento: “Un auténtico movimiento es como un alma vivificante dentro de la Institución. No es una estructura alternativa a la misma. En cambio, es fuente de una presencia que continuamente regenera su autenticidad existencial e histórica. Por lo mismo, el sacerdote debe encontrar en un movimiento la luz y el calor que le haga capaz de ser fiel a su obispo, que le disponga a cumplir generosamente los deberes que señala la Institución y que le dé sensibilidad hacia la disciplina eclesial, de manera que sea más fecunda la vibración de su fe y la satisfacción

de su fidelidad” (*Los movimientos en la misión de la Iglesia. Tres discursos de Juan Pablo II*, suplemento a «Litterae Communionis CL» n. 11/1985, p. 25).

Del mismo modo, cada uno de nosotros está llamado a sorprender la fertilidad de su fe y el gusto de la fidelidad al Misterio presente obedeciendo a quienes la Iglesia nos propone seguir ahora, a Davide, por la unidad del movimiento, y disponiéndonos a acoger lo que el papa Francisco nos dirá en la audiencia del 15 de octubre. Durante todos estos años he intentado servir al movimiento con la responsabilidad que se me había confiado, siendo yo el primero en seguir los signos del Misterio que actúa en nuestra gran Fraternidad. Y ahora deseo seguir sirviendo a nuestra unidad como cualquiera de vosotros.

“¿Cómo has verificado estos meses la invitación a asumir en primera persona la responsabilidad del carisma? ¿Qué has aprendido y qué preguntas han surgido?”. Las preguntas que Davide ha identificado para el AIR son decisivas para nuestra vocación. De la respuesta de cada uno dependerá, en efecto, la definición de la misión a la que el Señor nos llama en la Iglesia y en el mundo.

Ofreceré mis jornadas por aquellos de vosotros a los que conozco y por los muchos a los que nunca he visto, pero a los que siento igualmente como amigos en el camino hacia el Destino.

Vuestro compañero de camino, Julián Carrón».

Ahora cantemos juntos.

Canto: *La strada*<sup>1</sup>

Lo que me dispongo a hacer no es simplemente una introducción. Esta noche me gustaría recapitular y poner en perspectiva las cuestiones fundamentales que han surgido este año, dentro de la dramaticidad de los acontecimientos que hemos vivido, tratando de despertar nuestra conciencia y la de nuestros amigos, a los que les contemos el fruto de estos días respecto a lo que la circunstancia actual, nuestra historia y la Iglesia nos piden como tarea para esta etapa en la vida de nuestro movimiento, y para darnos cuenta de los factores que mejor pueden garantizar la continuidad de esta historia.

El trabajo que haremos estos días partirá justamente de las cosas que vamos a decir esta noche y de lo que hemos vivido este año, dialogando luego entre nosotros para llegar a una síntesis que nos ayude a dar los siguientes pasos. Por tanto, podemos considerar esta Asamblea internacional de responsables como un momento que tiene una tarea histórica. Vosotros tenéis aquí una tarea histórica para nuestro movimiento. Desarrollaré seis puntos.

## 1. La pregunta con la que volver a empezar: ¿a qué estamos aferrados?

«Las circunstancias por las que Dios nos hace pasar constituyen un factor esencial, y no secundario, de nuestra vocación»<sup>2</sup>. Lo acabamos de escuchar en el mensaje de Julián.

Me parece que estas palabras de don Giussani –palabras que hemos repetido mucho los últimos años– adquieren, a la luz del momento que estamos viviendo como movimiento, especial peso e intensidad. En efecto, si miramos el año que ha pasado, no podemos dejar de reconocer (creo que en esto estamos todos de acuerdo) que las circunstancias por las que Dios nos ha hecho pasar han sacudido la barca de nuestra compañía, llegando a suscitar en muchos una sensación de confusión y desconcierto, en algunos casos incluso amargura y rabia. Urge más que nunca preguntarse: ¿en qué sentido *esta circunstancia particular* por la que estamos pasando es factor esencial *de nuestra vocación*, es decir, contiene una palabra que el Misterio quiere decirnos, una provocación, una llamada que el Misterio nos dirige? ¿Qué ha querido decir el Misterio con todo lo que ha pasado y qué respuesta nos pide?

<sup>1</sup> C. Chieffo, «La strada», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2022, p. 339.

<sup>2</sup> L. Giussani, *El hombre y su destino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 61.

Estoy seguro de que cada uno de vosotros habrá madurado o estará madurando su respuesta personal a estas preguntas, y espero que el fruto de este trabajo pueda salir en las asambleas que tengamos para enriquecer a todos, ya sean respuestas cerradas o preguntas y perplejidades aún vivas. Estamos aquí para ayudarnos a caminar hacia adelante, y ninguno de nosotros –yo no, desde luego– tiene ya todas las respuestas en el bolsillo.

Dicho esto, me gustaría empezar abordando una primera respuesta elemental, que es esta: en tiempos de tempestad, cuando todo parece fluctuar, estamos obligados a preguntarnos a qué estamos realmente aferrados, en qué se apoya nuestra esperanza. Nos lo recordaba de una manera fuertemente evocadora el padre Lepori cuando, al término de la segunda lección de los Ejercicios de la Fraternidad, ponía ante nuestros ojos la imagen de san Pablo que, en medio del naufragio en que se encuentra, comprende que para salvar a todos sus compañeros consigo solo tiene que hacer una única cosa: permanecer aferrado a Cristo. «Pablo se aferra a la Presencia de Aquel que es toda su consistencia. Y está tranquilo y contento, sin una pizca de miedo, porque le basta Jesús, el Resucitado»<sup>3</sup>.

Creo que esta es la primera gran palabra que el Señor nos ha dicho y nos está diciendo a través de “las últimas sacudidas” infligidas a la barca de nuestra compañía, una palabra que en realidad es una pregunta: «pero vosotros, ¿a qué estáis *verdaderamente* aferrados?». O más concretamente: «¿Qué es lo más querido para vosotros, *por encima de todo*, en la experiencia del movimiento?». No he usado palabras casuales. Es la misma pregunta que el emperador dirige a los cristianos en el famoso pasaje del *Anticristo* de Soloviev: «“Extraños hombres, decídmelo vosotros mismos, cristianos, (...) ¿qué es lo que más queréis del cristianismo?”. Entonces, el starets Juan se puso en pie y respondió con dulzura: “¡Insigne soberano! Para nosotros, lo más querido del cristianismo es Cristo. Él mismo y todo lo que proviene de Él”»<sup>4</sup>.

Parafraseando las palabras del starets, creo que nosotros también debemos decir: lo que más queremos en el movimiento es Aquel que es el origen de esta vida, su fuente y consistencia, es decir, Jesucristo. Si estamos tan apegados a don Giussani –¡y lo estamos fervientemente!– es porque nadie como él nos ha hecho tan familiar a Cristo, nos ha hecho experimentar esta correspondencia entre la realidad de Cristo y la espera profunda de nuestro corazón, de nuestra humanidad. Del mismo modo, si estamos tan apegados a todos los hijos del Gius que nos han introducido en la experiencia del carisma de CL –aquí no solo pienso en Julián, al que aprovecho la ocasión para agradecer el mensaje que nos ha enviado, sino también en los muchos hombres y mujeres que han dedicado su vida a comunicar a otros la belleza del encuentro que han tenido (quiero citar, siguiendo en el ámbito de los Siervos de Dios, a Enzo Piccinini y Andrea Aziani) y que aún lo siguen haciendo– es porque a través de ellos, de sus ojos y de su voz, hemos podido encontrar la mirada y la voz de Aquel que cambió sus vidas, en último término a aquel hombre de Nazaret, el único que puede decir de sí mismo: «yo soy la Vida de tu vida».

## 2. «Cristo, Vida de la vida»: en el corazón del Acontecimiento que nos ha cautivado

En don Giussani, no solo hemos encontrado a un hombre extraordinario. Sin duda –quien lo conoció lo sabe bien– *también* lo fue. Pero hoy no estamos aquí *por eso*. Estamos aquí porque ese hombre –sin duda a través y con la ayuda de todo lo que él era, temperamento, sensibilidad, inteligencia, mirada, voz– supo comunicarnos al menos parte del estupor con que él vivía, ese estupor que cuando hablaba –muchos de nosotros lo recuerdan– era como si le saliera por los ojos. Ese estupor conmovido que él vivía *delante del acontecimiento de Cristo*, sentido y reconocido como cumplimiento de una insaciable sed de verdad, belleza, amor y vida que ardía en su corazón, y por tanto como fuente de una mirada llena de piedad conmovida ante el misterio del corazón de cualquiera que se encontrara.

<sup>3</sup> M.-G. Lepori, *Cristo, vida de la vida*, Huellas 2022, p. 63.

<sup>4</sup> Cf. V. Soloviev, *Los tres diálogos y el relato del Anticristo*, El buey mudo, Madrid 2016, p. 208.

Permitidme releer una vez más las palabras con que el propio don Giussani describía el día, casi el momento, en que el acontecimiento de Cristo invadió y cambió su vida para siempre:

«Como escribió Camus en sus *Cuadernos*: “No es a través de los escrúpulos como el hombre llegará a ser grande. La grandeza viene por gracia de Dios, como un bello día”. Para mí todo sucedió como la sorpresa de un “bello día”, cuando un profesor de primero del liceo –yo tenía 15 años– leyó y explicó la primera página del evangelio de san Juan. Entonces era obligatorio leer esta página al final de cada misa; por tanto, la había oído miles de veces. Pero aconteció el “bello día”: todo es gracia. Como dice Adrienne von Speyr, “la gracia nos inunda. Esto constituye su esencia [la gracia es el Misterio que se comunica; la esencia de la comunicación del Misterio es que nos inunda, nos penetra]. Esta no aclara punto por punto, sino que irradia su luz como el sol. [...] Después de cuarenta años, leyendo este fragmento de Von Speyr, he percibido lo que me sucedió cuando aquel profesor explicó la primera página del Evangelio de san Juan: “El Verbo de Dios, o bien aquello en lo que todo consiste, se hizo carne”, decía, “por tanto, la belleza se hizo carne, la bondad se hizo carne, la justicia se hizo carne, el amor, la vida, la verdad se han hecho carne: el ser no está en un más allá platónico, sino que se ha hecho carne, es uno entre nosotros”. [...] Y esto es todo. Porque mi vida desde muy joven ha estado literalmente impregnada de este hecho: ya sea como memoria que de forma persistente golpeaba mi pensamiento, ya sea como estímulo para una valoración nueva de la banalidad cotidiana. El instante, desde entonces, no fue ya una banalidad para mí»<sup>5</sup>.

Por tanto, el carisma que nos ha conquistado tiene que ver en primer lugar con la experiencia que cuenta aquí don Giussani. Ciertamente, podríamos pasarnos horas describiendo detalladamente la excepcionalidad de la personalidad humana de don Gius, y también es importante hacerlo, pues lo cierto es que el carisma del movimiento no existe en abstracto, sino que se nos ha comunicado a través de la humanidad y también del temperamento<sup>6</sup> de un hombre concreto. Al mismo tiempo, cada vez veo con más claridad que es como si la palabra «carisma» contuviera una cierta ambigüedad, al menos a oídos de un laico como yo y como la mayoría de los presentes, que no desayunamos con teología. De hecho, en el lenguaje común, alguien que tiene “carisma”, alguien “carismático”, es alguien que atrae, un líder nato, alguien fascinante. Ciertamente, la palabra «carisma» tal como la usamos entre nosotros también contiene esta idea. La palabra «carisma» indica de hecho, en la acepción giussaniana y añadiría eclesial del término, un modo particular de vivir, sentir, decir y comunicar la fe de la Iglesia que, justo por el acento que le es propio, agrega, resulta atractiva y genera por ello un pueblo<sup>7</sup>. Pero insisto, lo decisivo aquí en último término no es tanto la fascinación de una personalidad excepcional y “carismática” sino la *fascinación por Cristo* que la persona carismática, gracias y mediante la fuerza de atracción que le ha sido donada, sabe despertar en quienes lo encuentran y lo siguen. Puede parecer obvio, pero vale la pena repetirlo. Como dijo el entonces cardenal Ratzinger, en su memorable homilía del funeral de don Giussani, si veneramos tanto a don Giussani, es paradójicamente porque al pensar en él, pensamos en un hombre que se empleó a fondo para conducirnos no hacia él sino hacia Cristo, aquel hombre de Nazaret por el que se le humedecían los ojos cuando hablaba de él. Decía Ratzinger: «Guiando a las personas no hacia sí, sino hacia Cristo, se ganó los corazones, ayudó a mejorar el mundo, a abrir las puertas del mundo para el cielo»<sup>8</sup>.

---

<sup>5</sup> L. Giussani, «Cómo nace un movimiento», en *L'avvenimento cristiano. Uomo Chiesa Mondo*, Bur, Milán 2003, pp. 31-33.

<sup>6</sup> Cf. L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008.

<sup>7</sup> Cf. L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, pp. 116-117. En este sentido, nos decía también el padre Lepori en los Ejercicios: «Bien pensado, vemos que en el fondo todo carisma eclesial es una modalidad particular, una encarnación particular, de la transmisión de la llamada de Cristo a la libertad del hombre, para que aquel a quien alcance pueda levantarse, como María de Betania, de su dolor mudo para llegar a la presencia del Resucitado (...). Todo carisma, para quien esté implicado en él, es portador de la fascinación de esa llamada, fascinación porque corresponde a todo lo que mi corazón desea aun sin saberlo. El carisma que Dios ha elegido para ti es aquel en el que esta llamada te alcanza con más belleza, concreción y verdad» (M.-G. Lepori, *Cristo, vida de la vida, op.cit.*, pp. 56-57)

<sup>8</sup> J. Ratzinger citado en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 1233.

### 3. De la fascinación de un encuentro al juicio de la fe

Quiero detenerme un poco aún sobre este punto porque creo que tiene implicaciones más profundas de lo que puede parecer, no solo en nuestra manera de entender qué es el carisma, es decir, su función, la finalidad para la que el Misterio lo ha suscitado y nos lo ha hecho encontrar, sino también en nuestra manera de entender el contenido de la experiencia que queremos ayudarnos a vivir.

En primer lugar, como hemos aprendido<sup>9</sup>, el carisma ha sido y es para cada uno de nosotros, a nivel existencial, la modalidad concreta mediante la cual el Acontecimiento de Cristo se ha topado con nosotros, se ha vuelto interesante y relevante en nuestra vida. Puede decirse que el carisma es el rostro humano mediante el cual el Acontecimiento de Cristo nos ha salido al encuentro y nos ha fascinado. Al principio está el encuentro con la fascinación de una presencia humana distinta, que de manera misteriosa y a la vez irresistible corresponde con el corazón, sin que sepamos decir por qué. Cuántas veces nos ha ayudado don Giussani a comprender la importancia decisiva de este inicio, de la dinámica de la fe, ayudándonos a identificarnos –con esa agudeza suya única para penetrar psicológicamente– con la experiencia de Juan y Andrés en su primer encuentro con Jesús<sup>10</sup>.

Pero esta fascinación inicial es justamente *inicio*, es decir, punto de partida de un camino, *no punto de llegada*. Mejor dicho, en ese inicio ya está todo, pero con la forma de una semilla que debe desarrollarse, debe madurar, debe llegar a ser conciencia explícita del contenido de la fascinación experimentada, es decir, *de las razones de esa fascinación*. Cuántas veces insistía don Giussani en el hecho de que los propios discípulos, por muy seguros que estuvieran al principio de haber encontrado al Mesías<sup>11</sup>, aún no habían entendido bien *Quién* era Jesús realmente, qué quería decir verdaderamente que él era el *Mesías*. Incluso para ellos, que habían encontrado la humanidad más excepcional que había pisado nunca el planeta, el «Signo de los signos»<sup>12</sup> –como lo llamaba don Gius–, incluso para ellos que tenían delante la humanidad del Hijo de Dios en persona, era necesario un camino –un camino hecho también de correcciones, es decir, de demoliciones de sus interpretaciones parciales– para poder llegar finalmente, gracias a la ayuda del Espíritu, a un juicio de fe maduro, ese juicio de fe que hace decir a san Pablo: «Mi vida de ahora en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí»<sup>13</sup>.

Si no llegamos hasta aquí, si la fascinación humana de aquel que hemos encontrado no nos lleva hasta aquí, a conocer cada vez mejor y a decir Tú cada vez más fácilmente a ese «hombre rubio»<sup>14</sup> –como se atrevía a llamarlo Giussani, como dándonos una percepción viva de los rasgos inconfundibles de la persona de Jesús–, ese hombre que es Dios hecho hombre “*por mí*”, entonces es como si esa fascinación fallara en su objetivo. Permitidme leerlos al menos uno de los muchos pasajes donde don Giussani describe este itinerario:

«El encuentro –del que parte la imagen persuasiva de Cristo, donde se intuye que Cristo es algo pertinente para la vida, que interesa en la vida– es con una compañía, o también con una sola persona, no porque tú entiendas que ahí dentro está Cristo, sino porque te hace decir: “¿Pero por qué estos son así?”. Es en un segundo momento cuando, al oírles decir que “el Señor está entre nosotros, y por eso somos así”, empiezas a entender que tal vez sea verdad lo que dicen. [...] De este modo, uno se

---

<sup>9</sup> «El carisma es el modo en el que el Acontecimiento te alcanza. Eres un paralítico; te alcanza, y durante toda tu vida partirás de ese recuerdo [...]: tu rostro, tu carácter, serán plasmados, esto es, tu carácter se potenciará, se evidenciará, por aquel recuerdo. [...] Y el carisma te alcanza siempre a través de unas palabras, de un discurso, a través –más precisamente– de un encuentro. Un encuentro: has encontrado esta compañía; y esta es la modalidad con la que el misterio de Jesús [...] ha llamado a la puerta de tu casa». (L. Giussani, «Dentro de aquella mirada», en *De un temperamento, un método*, op. cit., pp. 13-14.

<sup>10</sup> Cf. L. Giussani, «Reconocer a Cristo» en *El templo y el tiempo: Dios y el hombre*, Encuentro, Madrid 1995, pp. 45-90.

<sup>11</sup> Jn 1,41.

<sup>12</sup> Cf. «El Signo de los signos», *Huellas*, n. 3/1998, pp. I-VII)

<sup>13</sup> Gal 2,20.

<sup>14</sup> L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 159.

encuentra con una compañía y dice: “¡Pero fíjate cómo son estos!”. Y estos dicen: “Es por Jesucristo, hace falta la comunión”, y uno busca la comunión para ir con ellos, y empieza a escuchar, y oyendo y volviendo a oír, en un momento dado dice: “¡Ah! Pues debe ser así, aquí hay otra cosa”. Entonces llega el paso –y ay si no llega–: esa otra cosa empieza a asumir una imponencia que supera incluso a la compañía; entonces la compañía se vuelve estable, segura. Por tanto, tú empiezas este camino conociendo a un compañero o compañera, o viendo a un grupito, que tiene algo interesante, y lo sigues. Y oyes que estos dicen que si tienen algo interesante es porque “está el Señor”; y los sigues, con un poco de curiosidad, pero sin que aquello llegue a definirte, sin que te determine. Pero en un momento dado este reclamo crece [...]; y cada vez te llama más la atención que esa gente te diga: “Mira que nosotros estamos juntos por aquel de ahí”. Este es un salto cualitativo respecto a la impresión inicial; entonces empiezas a tomar en serio a aquel de ahí. Antes no ibas a tomar la Comunión, ahora vas a tomar la Comunión todos los días, o rezas todos los días. A medida que sigas la continuidad de esta evolución, Jesús se hará más importante que todas esas caras juntas. Más aún, se vuelve tan importante que comprendes que, sin él, esas caras se desvanecerían y tú te “cansarías”. [...] La compañía dice: “Estamos juntos por esto”; cuando uno no toma esto en serio se conforma con la compañía, le gusta la compañía pero no mira su motivación. Entonces, al cabo de un tiempo, ¡os juro que también dejará la compañía! Porque una realidad sin un motivo adecuado se desvanece. El motivo adecuado de nuestra compañía es otra cosa»<sup>15</sup>.

Creo que las últimas palabras de esta cita de Giussani nos ayudan a focalizar una importante cara negativa en esta cuestión. Es decir, es normal que al principio el signo fascinante mediante el cual el Misterio me sale al encuentro sea afectivamente más imponente, me implique más afectivamente que el propio Misterio del que es signo. Pero si *con el tiempo* no cambian las cosas, si no llega ese paso que Giussani describe aquí, el paso por el que «Jesús se hará *más importante* que las caras» de aquellos a los que debo la vida (¡porque me han llevado hasta Él!), ahí empiezan los problemas. Es como si yo, que tengo 50 años, me obstinara en querer vivir con mi madre el mismo tipo de relación que tenía con ella cuando tenía 2 o 3. Es normal que para un niño de 2 años su madre lo sea todo. Pero si lo sigue siendo cuando el niño tiene 50 años, como yo, eso significa que algo se ha atascado en el proceso educativo.

¡Cuántas veces nos ha advertido don Giussani de la seria posibilidad de quedarse parados en la fascinación del signo! Siempre nos ha repetido que en el signo es donde se encuentra el Misterio, llegando a decir –¡con una expresión vertiginosa!– que «Misterio y signo coinciden»<sup>16</sup>. Pero decir que *co-ociden* significa que *ociden juntos*, es decir, que el Uno viene a mi encuentro *a través* del otro, no que sean *idénticos*. Si perdemos de vista el hecho de que entre misterio y signo no solo hay semejanza y participación, sino también diferencia –más aún, una *infinita* diferencia– entonces el signo deja de serlo y se convierte en ídolo. El signo es signo si me lleva más allá de sí mismo, es decir, si me lleva de la mano a conocer y amar más ese Misterio, es decir, ese Jesucristo del que la compañía es un signo –citando otra famosa expresión de Giussani– «insatisfactorio, aproximativo, analógico»<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> L. Giussani, «*Tu*» (o *dell'amicizia*), Bur, Milán 1997, pp. 175-176.

<sup>16</sup> Entre las muchas intervenciones en las que Giussani ha hablado de este tema, véase, por ejemplo: L. Giussani, «*Cada cosa: Misterio y signo*», *Huellas*, n. 6/1999, pp. I-XVI; ver también L. Giussani, «Misterio y signo coinciden», en *Afecto y morada*, Encuentro, Madrid 2004, pp. 239-298.

<sup>17</sup> «Estemos atentos, que la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo el mundo de humanidad, lleno de gozo y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de ayuda formal, pero también materialmente concreta que está dispuesta a darnos [...], y sin embargo, Jesús puede también ser reducido al “retrato de una hermosa mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma”. Si Jesús viniese aquí en silencio –*softly*– y se sentase en una silla, allí, cerca de aquella, y todos nos diésemos cuenta de ello en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo el asombro, la gratitud, la alegría... no sé en cuántos lo sería el afecto, conservando al mismo tiempo cierta conciencia de sí. [...] No puedo querer bien a nadie sin que esta notificación, esta memoria y adoración y obediencia y seguimiento y discipulado y mirada ávida de aprender y voluntad de sacrificio hasta la muerte con que pienso en ti, con los cuales te miro, y te sigo, sin que todo esto se concrete, de forma tan concreta que tú seas, Señor, el que yo ame. Tú eres, Señor, el que yo amo. “¿Qué desea más ardientemente el hombre que la verdad?”. ¿Qué es la verdad? Un hombre

En este sentido, el texto que acabo de citar me ha llamado la atención por otra mención que me parece preciosa. ¿Qué quiere decir que el signo humano, con toda su fascinación, mientras me atrae hacia sí, al mismo tiempo me empuja más allá de sí, me lanza hacia una realidad que lo excede, hacia Cristo mismo? Ciertamente, quiere decir muchas cosas, no quiero hacer ahora un listado. Me llama la atención que Giussani se refiera aquí a la comunión, a la Eucaristía: «Antes no ibas a tomar la Comunión, ahora vas a tomar la Comunión todos los días»<sup>18</sup>. Me ha llamado la atención porque es como si hubiese arrojado una luz más clara sobre esa relación de la que estamos hablando entre signo y Misterio, entre fascinación del carisma y relación con Cristo. En efecto, ¿qué hay de excepcional en comer un trozo de pan? Aparentemente nada. Incluso saber que ese trozo de pan es el cuerpo de Jesucristo, como la Iglesia enseña desde siempre, creo que hoy incidiría poco en mí, es decir, suscitaría poco interés, curiosidad o conmoción en mí, si yo no hubiera tenido un encuentro que ha convertido a ese Jesucristo en una presencia viva en mi vida –haciendo así interesante, más aún, vital, hasta ese minúsculo trozo de pan que tomo cuando comulgo–.

El encuentro con el carisma del movimiento es lo que me ha hecho familiar a Cristo. Por eso a don Giussani y al movimiento le debo todo, literalmente. Al mismo tiempo, a medida que avanzo veo que hay como otra cara de la moneda que no es menos importante que lo que acabo de decir. Lo diría así: ¿qué Cristo es el que me ha hecho familiar el encuentro con el carisma? ¿El Cristo de Giussani? ¿Existe un Cristo de Giussani –o un Cristo del movimiento–, un Cristo del que se puede hacer experiencia prescindiendo de la Eucaristía o de la enseñanza que me llega sobre Él a través de la Iglesia? Evidentemente no: el Jesús del que Giussani me ha hecho enamorarme es el Jesús que me encuentro de manera más potente y eficaz en la Eucaristía, aunque el cura que me lo ofrezca sea el hombre más antipático o mezquino que conozco<sup>19</sup>.

No hay por tanto oposición alguna –como nos enseñó el propio Giussani<sup>20</sup>, y como nos recordaba Carrón en el mensaje que leíamos al principio– entre el amor al carisma que hemos encontrado y la estima por todo eso que podemos llamar *dimensión institucional* de la Iglesia, que no solo incluye el magisterio autorizado del Papa y los obispos, sino también las fuentes objetivas de la experiencia y del conocimiento de Cristo, de los que la Iglesia es custodia: la palabra de Dios y los sacramentos.

---

que está presente, un hombre presente: ¡no se le puede dilapidar o permitir que se desdibuje detrás de la presencia hermosa y alegre de la compañía de unos rostros que deberían insinuarse como signo de Él! Esto no sucede cuando se le llama “Tú” realmente, con toda la conciencia del yo: cuanta más conciencia tengamos de nosotros mismos, más potente, más grande, más verdadera, más sencilla y pura será la devoción hacia Él [...]. La presencia de Cristo en el mundo es el milagro de nuestra compañía. Pero esto es la punta del iceberg de un signo que “se abisma allá donde es más verdadero” o, mejor, es la punta de un signo que en todo lo demás naufraga en el significado corriente, en los conceptos naturalistas comunes y corrientes. Por esto, por más intensamente que se quiera, cuando se quiere preferencialmente –en suma, cuando lo bueno es decir “yo” con un ímpetu que los demás desconocen, o decir “tú” con ese mismo ímpetu que los demás desconocen–, no se trata de amortiguar el peso de nuestra amistad, de difuminar la eficacia llena de ojos, de labios y de rostros, de palabras, de canto, de corazón, que tiene una especie de tensión exasperada –de todo eso que he nombrado y que forma parte de nuestra compañía– por gritar tu nombre, Cristo: “Gracias porque Te has hecho ver y Te has sentado aquí”» (L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., pp. 169-171).

<sup>18</sup> L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), op. cit., p. 176.

<sup>19</sup> Leemos en *Iuvenescit Ecclesia*: «Como ha afirmado Juan Pablo II, “los verdaderos carismas no pueden menos de tender al encuentro con Cristo en los sacramentos”» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 12). Véase también: «Siento el deber acuciante de confiar de nuevo a Vuestra Santidad la emoción sumamente profunda, vibrante como nunca en mi corazón, que despertó su juicio autorizado y claro sobre nuestra experiencia de estos cincuenta años, cuando en la carta que me dirigió el 11 de febrero de 2002 con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento de la Fraternidad de Comunión y Liberación, escribió: “El movimiento ha querido y quiere indicar no ya un camino sino el camino para llegar a la solución de este drama existencial. El camino es Cristo”. No solo no pretendí nunca “fundar” nada, sino que creo que el genio del movimiento que he visto nacer consiste en haber sentido la urgencia de proclamar la necesidad de volver a los aspectos elementales del cristianismo, es decir, la pasión por el hecho cristiano como tal, en sus elementos originales y nada más» (L. Giussani, «Fieles al Magisterio, siempre hemos querido llevar a la gente a descubrir que Cristo es presencia», Carta del 26 de enero de 2004 a Juan Pablo II con motivo de los cincuenta años del movimiento, *Huellas*, n. 4/2004).

<sup>20</sup> Don Giussani hace una larga e importante profundización sobre este tema en *Crear huellas en la historia del mundo*, pp. 99-100.

No hay oposición, decía, porque la gracia del carisma que hemos encontrado no sustituye ni, mucho menos, debe hacernos despreciar el valor de esos otros “signos” o “instrumentos” que el mismo Señor ha querido darnos como camino seguro hacia Él. Más bien debería darnos ojos capaces de apreciar *cien veces más* el valor de dichos instrumentos. Por ejemplo, creo que nunca habría sentido ganas de leer los evangelios o las cartas de san Pablo si no hubiera oído a Giussani leyendo o comentando el evangelio –mi primer encuentro real tuvo lugar escuchando cómo don Giussani leía el Evangelio de Juan en los Ejercicios del CLU–. Pero eso no significa que para mí la palabra de Giussani esté por encima de la palabra de Dios. Significa más bien que él ha sido y es quien más me ha ayudado y me ayuda a penetrar en el sentido de la palabra de Dios, quien me la ha hecho interesante y comprensible. Lo mismo vale para muchas otras cosas – pienso en la oración, en el gusto de la amistad, en el juicio cultural, en todo lo que es nuestra experiencia en definitiva: son todas dimensiones que pertenecen a la vida de la Iglesia como tal, pero que el encuentro con el carisma me ha ayudado a comprender y vivir de un modo fascinante.

Llego así al siguiente y penúltimo punto. Usaré una expresión que hace 25 años estaba de moda y luego se perdió un poco.

#### 4. Co-esencialidad entre institución y carisma

Quiero ser franco. Si he querido insistir en lo que he llamado la cara negativa de esta cuestión, con un acento un poco fuerte intencionadamente, es porque los últimos meses, en los que he podido visitar varias comunidades y he recibido muchas cartas de miembros de la Fraternidad, he tenido que constatar –con un poco de tristeza– que, para algunos de nosotros, hablar de la Iglesia institucional, la Iglesia del Papa y de los obispos, significa hablar de una superestructura que sobrecarga la vida con reglas y enseñanzas que poco o nada tendrían que ver con la experiencia viva de la fe, con la experiencia viva del carisma. Es como si por un lado estuviera la vida, la experiencia viva de Cristo, que se vive gracias a la fascinación de “*presencias carismáticas*” que nos atraen y ayudan a vivir; y por otro estuviera la autoridad institucional de la Iglesia, con sus normas y sus indicaciones doctrinales, que poco o nada tienen que ver con la vida, si bien es cierto que hay que obedecer *a pesar de los pesares* porque a fin de cuentas somos católicos. Pues bien, creo que debemos ayudarnos a superar de raíz esta dicotomía, consciente o inconsciente, porque me parece que justo de aquí surge la dificultad de muchos de nosotros para entender el paso de madurez que la Iglesia nos está pidiendo. Es una de las tareas que tenemos en este momento.

Intentaré decirlo de esta manera: el problema aquí no es tanto un exceso de énfasis en el factor carismático, casi como si fuera un error insistir en que la experiencia del carisma se refuerza y crece siguiendo presencias cargadas de autoridad, que nos atraen en virtud de la madurez con que viven dicho carisma. Eso es justo y sagrado, de hecho todo empezó así. Lo hemos dicho muchas veces, y lo acabamos de repetir: el cristianismo se comunica por atracción. Me parece que el problema está más bien en considerar este factor –el factor atractivo, digamos– como el único que importa, el único que merece atención, como si solo eso importara para alimentar nuestra relación con Cristo y nuestro gusto personal –aunque a veces lo llamemos, con una acepción bastante aproximativa, “correspondencia con el corazón”– fuera el único criterio para establecer lo que es voz de Cristo y lo que no lo es. Pues bien, si me lo permitís, pensar así solo es un engaño, una mentira, por el mero hecho de que, como acabamos de decir, el Cristo que nos ha enamorado gracias al carisma donado a don Gius no es el Cristo de su imaginación ni mucho menos de *nuestra* imaginación, el Cristo de nuestras interpretaciones, sino el Cristo que ha confiado su Presencia real en la historia y el verdadero testimonio de Él a Simón Pedro y a los apóstoles, es decir, a esa realidad concreta que llamamos «Institución»<sup>21</sup>.

---

<sup>21</sup> Leemos en *Invenescit Ecclesia*: “El don del Espíritu en la Iglesia está ligado a la misión del Hijo, insuperablemente cumplida en su misterio pascual. [...] Por esta razón, el Espíritu Santo no puede de ninguna manera inaugurar una



Llegamos así a uno de los temas centrales sobre el que estamos llamados a reflexionar en este tiempo un poco más a fondo de lo que hemos hecho hasta ahora. Me refiero al tema de la *co-esencialidad* – citando una famosa expresión de Juan Pablo II que luego tomó el papa Benedicto y finalmente la carta *Iuvenescit Ecclesia*– entre el factor institucional y el factor carismático en la vida de la Iglesia. Me permito sobre todo subrayar que se trata de una cuestión nada abstracta ni alejada de la vida y de la experiencia que vivimos en el movimiento. En efecto, seamos conscientes o no, la manera en la que concebimos esta relación, es decir, la relación entre la función de la autoridad en el sentido institucional del término y la función de la autoridad en el sentido carismático del término, determina *de hecho* (y de manera relevante) el significado que damos a dos palabras que tienen un peso central en la experiencia que queremos ayudarnos a vivir: la palabra «seguir» y la palabra «autoridad»<sup>22</sup>. ¿Qué quiere decir *seguir a la autoridad*? Esta es la verdadera cuestión central donde la Iglesia nos pide un paso de *conciencia crítica*, es decir, revisar profundamente toda nuestra experiencia. Sintéticamente, ¿qué se entiende por co-esencialidad de dones jerárquicos y carismáticos (usando la terminología de *Iuvenescit Ecclesia*)?

Para no alargarme demasiado –espero que tengamos ocasión de profundizar en ello– solo quiero señalar tres aspectos sintéticos que pretenden abrir la discusión más que cerrarla o, si se quiere, ofrecer pistas para la reflexión.

Primer aspecto: se entiende por co-esencialidad el hecho de que los dones jerárquicos (es decir, la autoridad institucional) y los dones carismáticos (es decir, los carismas que Dios reparte a quien quiere *ad utilitatem*, es decir, para la edificación de la Iglesia) están «recíprocamente relacionados desde sus orígenes»<sup>23</sup>. Aquí se está diciendo que carismas e instituciones no solo no se contraponen –atención– sino que tampoco están simplemente yuxtapuestos, como si cada uno diera fruto independientemente del otro, en paralelo. Como si uno dijera: «Sí, en la Iglesia existen los dos y ambos son necesarios, institución y carismas, pero cada uno actúa y construye el pueblo cristiano por su cuenta, independientemente del otro». No, co-esencialidad significa que cada uno de ellos solo puede dar fruto –¡solo!– en comunión con el otro, en sinergia con el otro, con la ayuda del otro. La institución, es decir, la Iglesia del Papa y de los obispos, necesita ser alimentada y ayudada por la fuerza dinámica y profética de los carismas (¿recordáis, los que la habéis escuchado, la intervención del cardenal Marc Ouellet en el congreso sobre los movimientos el pasado mes de junio?)<sup>24</sup>, para dar fruto en su misión. Por otro lado, los carismas no pueden dar fruto verdaderamente si no se ponen al servicio de la Iglesia guiada por Pedro, si no se dejan guiar y corregir<sup>25</sup>.

Cada elemento necesita por tanto al otro, ninguno de los dos –podríamos decir– da fruto “*solitariamente*”, casi como si para ser eficaz solo se necesitara la gracia que llega directamente de Dios. No, cada uno –atención, la Iglesia dice que incluso el Papa– necesita *la ayuda* de otros hombres como él para que *su don* dé fruto.

El padre Lepori, en los Ejercicios de la Fraternidad, comentó esta idea de una forma preciosa, hablando de la relación entre Pedro y Juan, «el más “carismático”, el más místico» de los discípulos de Jesús, deteniéndose especialmente en la famosa escena de la carrera de Pedro y Juan al sepulcro, tal como relata el IV evangelio: «Toda manifestación y obra de Cristo y del Espíritu que el Resucitado sopla sobre sus discípulos, todos los carismas (porque los carismas son la vida del Resucitado en la

---

economía diferente a la del Logos divino encarnado. [...] El vínculo originario entre los dones jerárquicos, conferidos con la gracia sacramental del Orden, y los dones carismáticos, distribuidos libremente por el Espíritu Santo, tiene su raíz última en la relación entre el Logos divino encarnado y el Espíritu Santo, que es siempre Espíritu del Padre y del Hijo. Para evitar visiones teológicas equívocas que postularían una “Iglesia del Espíritu”, separada y distinta de la Iglesia jerárquica-institucional, hay que subrayar cómo las dos misiones divinas se implican entre sí en todo don concedido a la Iglesia» (Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 11).

<sup>22</sup> Cf. “Quando è giusto seguire”, en *Si può (veramente?) vivere così?*, pp. 215-222.

<sup>23</sup> Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 10.

<sup>24</sup> “Movimientos y nuevas comunidades”, la formación sobre carismas, sesión de tarde, *clonline*, 20 de junio de 2022.

<sup>25</sup> Leemos en *Iuvenescit Ecclesia*, citando la *Lumen Gentium*, n. 7: «En orden a la santificación de cada miembro del Pueblo de Dios y a la misión de la Iglesia en el mundo, entre diferentes dones, “resalta la gracia de los Apóstoles, a cuya autoridad el mismo Espíritu subordina incluso los carismáticos”».

vida de la Iglesia, en la vida del mundo), todo ello es cierto si Pedro lo confirma con su experiencia de Cristo presente y vivo. [...] Juan, que tal vez era el más “carismático” de los apóstoles, el más agudo, el más místico y profético, el más ardiente en su amor y amistad con Cristo, lejos de sacar de todo ello un motivo para sentirse superior, comprendió que en esa elección del Maestro estaba la vía segura para vivir sus carismas siguiendo a Cristo. Ya de camino al sepulcro la mañana de Pascua, aun siendo más rápido que Pedro, se paró y le esperó. ¿Por qué? Porque quiso entrar en el sepulcro siguiendo a Pedro, quiso creer dentro de un seguimiento, como había aprendido siguiendo al mismo Jesús»<sup>26</sup>.

Por otro lado, Pedro no solo está llamado a reconocer los grandes carismas que el Señor da a Juan, sino también a nutrirse de ellos, de modo que en cierto sentido Pedro también está llamado a seguir a Juan no menos que este a él, «como cuando [Juan] le dice: “¡Es el Señor!” después de la pesca milagrosa. Entonces, *Pedro* –continúa el padre Lepori– *obedece al carisma de Juan*, porque este le ayuda a reconocer al Resucitado presente, siendo el primero en ir hacia él y lanzarse al agua para que todos los demás puedan seguirle hacia Jesús»<sup>27</sup>.

## 5. Autoridad y autoridad moral: de la Iglesia al movimiento

Segundo aspecto: desarrollando esta idea, introducida en el magisterio de la Iglesia por Juan Pablo II, Benedicto XVI añadió una especificación importante para nosotros. Esta co-esencialidad, esta unidad dinámica entre el elemento institucional y el carismático, no solo afecta a la relación entre realidades carismáticas como CL y la autoridad de la Iglesia. Afecta también a la vida interna de las propias realidades carismáticas, sobre todo cuando se trata de garantizar la continuidad y el desarrollo de estas realidades tras la muerte del fundador. En la *Iuvenescit Ecclesia* leemos: «El Papa Benedicto XVI, además de confirmar su co-esencialidad, ha profundizado la afirmación de su predecesor, recordando que “en la Iglesia también las instituciones esenciales son carismáticas [es decir, en ellas actúa eficazmente el Espíritu Santo, pensemos en los sacramentos] y, por otra parte, los carismas deben institucionalizarse de un modo u otro para tener coherencia y continuidad. Así ambas dimensiones [...] concurren juntas para hacer presente el misterio y la obra salvífica de Cristo en el mundo”»<sup>28</sup>.

Las dos dimensiones «*con-curren juntas*» a hacer presente a Cristo –afirma el papa Benedicto– del mismo modo que Simón y Juan *corren juntos* al sepulcro. Lo mismo sucede, se entiende, *en toda realidad eclesial*, también en una realidad carismática como la nuestra, si quiere durar en el tiempo. Ahora bien, ¿todo esto es una traición al pensamiento de don Giussani sobre lo que el movimiento debía ser después de su muerte? ¿Decir que en nuestra realidad también es necesario que exista esta relación entre autoridad objetiva y autoridad moral carismática, donde un elemento necesita del otro sin confundirse mutuamente, es traicionar *la idea del futuro del movimiento* que tenía don Giussani? Creo que debemos plantearnos seriamente esta pregunta. Estoy convencido de que no. He oído decir muchas veces en estos meses, sobre todo en referencia al final del famoso texto «El mayor sacrificio es dar la vida por la obra de Otro»<sup>29</sup> –sobre el que sin duda habrá ocasión de detenerse– que Giussani

<sup>26</sup> M.-G. Lepori, *Cristo, vida de la vida*, op. cit., p. 58.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>28</sup> Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Iuvenescit Ecclesia*, 10.

<sup>29</sup> Cito aquí *Crear huellas en la historia del mundo*, donde el pasaje más frecuentemente citado se publicó de manera definitiva: «Esta es nuestra virtud: la confrontación con el carácter original del carisma que se da por medio de algo efímero de lo que Dios se sirve. Retorna aquí la importancia de lo efímero. Por ahora la confrontación debe hacerse, en última instancia, con la persona con la que todo empezó. Esta persona puede disolverse, pero los textos que ha dejado y el seguimiento ininterrumpido —si Dios quiere— de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido, son los instrumentos para la corrección y el suscitar de nuevo; son los instrumentos para adquirir la moralidad. La línea de las personas indicadas como referencia es lo más vivo del presente, porque un texto por sí solo puede ser mal interpretado; es difícil interpretarlo mal, pero puede suceder» (L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., pp. 123-124).

propone una visión de la función de la autoridad en el movimiento que es análoga a la de la Iglesia. Hechas las debidas aclaraciones –sobre las que ahora no puedo detenerme– comparto esta perspectiva. No hay duda de que Giussani propone esta analogía. Pero insisto en que la cuestión afecta exactamente a cómo concebimos nosotros la autoridad en la Iglesia: si la concebimos como fundada sobre la unidad y distinción a la vez entre Pedro y Juan, entre factor institucional y carismático, o bien de otra manera, por ejemplo teorizando que Pedro y Juan deben fundirse *siempre y forzosamente* en una sola persona, lo que significaría que el líder debería ser el más carismático y el más carismático –suponiendo que se pueda establecer quién es– debería ser el líder.

Permitidme concluir este segundo aspecto con una cita de don Giussani. Como es sabido, el propio don Giussani, sobre todo en textos que se remontan a los años 90, distingue intencionadamente entre dos acepciones distintas de la palabra autoridad, acepciones que se corresponden exactamente con la polaridad Pedro/Juan de la que estamos hablando<sup>30</sup>. En los ejercicios de 1993, por ejemplo, le preguntan: «¿Cuál es la relación entre la autoridad del carisma y la autoridad moral personal?». Él responde: «Para simplificar mucho, la autoridad del carisma es la que la Iglesia reconoce. La Iglesia reconoce la responsabilidad de un carisma. La autoridad moral, en cambio, procede de la participación que uno tiene en la autoridad establecida. Yo puedo tener una autoridad en el carisma que atañe al movimiento y puede haber una persona, la más pequeña entre vosotros, que viva este carisma con tal vivacidad, sinceridad y unidad que me supera por todas partes, y yo mismo la miro buscando aprender de ella el significado del carisma del que soy defensor y guía. El significado de este carisma se manifiesta en aquellos que viven con sencillez de corazón el don dado por el Espíritu y de este modo son autoridad de hecho. La autoridad moral es la que reclama y edifica. La autoridad establecida es la que asegura el camino. La autoridad, en cuanto reconocida por la Iglesia, asegura el camino justo. La autoridad moral enardece los pasos, hace hermoso el camino, lo hace persuasivo, nos hace más capaces de sacrificio, cuando es necesario. La autoridad moral es una santidad, la autoridad establecida una tarea»<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> En este sentido es digno de atención el siguiente texto, tomado de “La autoridad se convierte en preferencia” en: «*Tu (o dell’amicizia)*, op. cit., pp. 130-135: «Hay que distinguir ante todo la autoridad como *momento*, de la autoridad como tipo de presencia, capacidad de presencia que *normalmente* se convierte en reclamo, que tiende normalmente a convertirse en reclamo. Cuando está esa persona –ya lo sabes–, esa persona, poco o mucho, te reclama. Luego está, en tercer lugar, la autoridad que en la estructura, en el organismo del cuerpo de Cristo, y por tanto en el organismo de esa parte del cuerpo de Cristo que es la compañía vocacional, desempeña un *papel* representativo de ese reclamo. Aquí solo lo que pueda responder a vuestras preguntas servirá para clarificar, de lo contrario haríamos un discurso analítico, nuestros esfuerzos serían para hacer un discurso analítico. Porque este tercer caso deja intacto el hecho de que la persona que ocupa ese cargo sea como tal un reclamo al Señor, o bien que el reclamo al Señor se quede en el cargo, en la objetividad del cargo. Por el hecho de que haya un responsable de la casa, la idea de un responsable de la casa implica un cargo que es un reclamo porque remite a Dios: por su cargo, por su estructura, remite a Dios. Personalmente, puede ser la persona que más nos paraliza, hasta el punto de que aceptarla suponga hacer un esfuerzo por superar muchas impresiones previas que haya de por medio. En todo caso, estos son los tres casos de autoridad como milagro. *Primero*, autoridad como acontecimiento aislado, como *momento excepcional*; por ejemplo, una intervención en un encuentro que llama la atención. [...] En primer lugar, la autoridad como un momento excepcional que sirve como reclamo. *Segundo*, la autoridad como fisonomía de vida que hace normal su *presencia como reclamo* al Señor: cuando esa presencia está, hay un reclamo al Señor, tarde o temprano, de una manera o de otra. Y *en tercer lugar* está la autoridad como milagro en cuanto al *cargo* porque que exista una autoridad última en el mundo que dice la verdad, que juzga todos los juicios de los hombres desde el punto de vista de la verdad última –estoy hablando del Papa–, esto es un milagro total. Pero que, en un grupo de gente que se reúne porque está el Señor, haya uno que guía, afirmando las palabras adecuadas, juzgando en último término los comportamientos, que aun sin saber demostrarlo tiene un espíritu consonante al del Papa, eso también es un milagro. Puede ser un canalla y ocupar ese cargo. Por eso, la autoridad como cargo no solo no se debe descuidar, sino que también saca a la luz la pureza de nuestra mirada. Y hay que seguirla tal como indica el contenido de su cargo, no según su persona. ¿*Qué quiere decir lo que “indica el contenido de su cargo”?*

¿Cuál es el contenido de su cargo? Que te remite a Cristo. Entonces, si te dice: “A las 7.30 hay laudes”, te remite a Cristo: ese es el contenido de su cargo. Si dice: “Ahora hacemos silencio. No hay demasiado silencio en esta casa”, te reclama, desempeña su papel, aunque luego ella haga mal su hora de silencio. Es decir, lo que te ayuda no es su manera de comportarse, sino su cargo; eso es lo que te reclama. Te dice: “No, esto sí, esto no”, no como una opinión, sino como el reclamo de la regla».

<sup>31</sup> L. Giussani, *Un acontecimiento en la vida del hombre*, a cargo de J. Carrón, Encuentro, Madrid 2021, pp. 220-221.

## 6. Un corolario intrigante: ¿por qué Pedro y no Juan?

El tercer aspecto, más que un aspecto es una especie de doble provocación o pregunta. En este punto podríamos preguntarnos: ¿por qué el mismo Jesús, el Señor, quiso dar esta forma a la Iglesia? ¿Por qué quiso darle esta polaridad entre carisma e institución, entre Juan y Pedro? Por decirlo claramente –como dice mi hermano Paolo, que es sacerdote y un estudioso apasionado del Evangelio de Juan–: si bien todo el Evangelio de Juan no deja de insistir en que Juan es el *discípulo amado*, el que estuvo más cerca de Jesús en los momentos cruciales, el más inteligente y profundo, e incluso el más obediente y dócil al maestro, ¿por qué en Juan 21 Jesús le encarga a Pedro y no a él la tarea de apacentar a sus ovejas? ¿Por qué Jesús elige a Pedro, que lo ha negado, y no a Juan para estar al frente?

En resumen, os dejo dos preguntas:

Primera pregunta: ¿por qué el Señor ha querido que se diera esta tensión irreductible entre autoridad moral y autoridad establecida, entre carisma e institución, de modo que no exista un *punto único* por el que pase toda la profecía, toda la gracia, toda la acción del Espíritu, aun habiendo un *punto último* que sirve como criterio de discernimiento?

Segunda pregunta: ¿por qué Jesús no eligió al más carismático, es decir, a Juan o a Pablo, sino a Pedro para ser ese criterio último de discernimiento?

No quiero responder ahora a estas preguntas. Os invito a cada uno de vosotros a reflexionar sobre ello. De esta manera podremos mirar este momento y el futuro de nuestra compañía.